

EUGENIO TIRONI

LA RESACA

LA PRESIDENCIA DE BORIC, EL RETO DE KAST

Ariel

Para Dalia,
la nueva flor del jardín.

*Y así seguimos adelante, botes contra la corriente,
empujados sin descanso hacia el pasado.*

Francis S. Fitzgerald, *El gran Gatsby*

Índice

Introducción

Bitácora de un despertar	13
--------------------------------	----

Capítulo I

Hijo del malestar	27
-------------------------	----

Capítulo II

La ilusión constitucional.....	41
--------------------------------	----

Capítulo III

El poder sin pudor.....	57
-------------------------	----

Capítulo IV

El mundo según Trusk.....	73
---------------------------	----

Capítulo V

Gobernando la resaca	83
----------------------------	----

Capítulo VI

La batalla del aniversario	107
----------------------------------	-----

Capítulo VII

El voto del cansancio	119
-----------------------------	-----

Capítulo VIII

El turno conservador	133
----------------------------	-----

Coda

Un eslabón entre dos mundos..... 149

Agradecimientos 159

Libros y fuentes mencionados..... 161

Anexo

Cronología..... 163

INTRODUCCIÓN

Bitácora de un despertar

*Siempre se comete el error de esperar que las
catástrofes vengan en el futuro,
hasta que una mañana nos despertamos con una
sensación de ahogo que nos oprime el pecho, nos volvemos
y descubrimos que el final está a nuestras espaldas,
el pequeño apocalipsis ya ha tenido lugar y ni siquiera
nos hemos dado cuenta.*

Antonio Scurati, *M*

Durante décadas Chile se pudo gobernar bajo un supuesto tácito: el futuro ordenaba el presente. Esto permitía pedir paciencia, administrar conflictos, confiar en la gradualidad y negociar dentro de marcos relativamente estables. Sin embargo, ese supuesto se agotó. Chile entró en un tiempo extraño. Hemos constatado que el futuro dejó de ordenar el presente y este se ha vuelto más áspero, más inmediato, más literal; se transformó en miedo. Y el miedo es una emoción que, a diferencia de la esperanza, contrae, clausura. No es terreno apto para quien ofrece la ilusión de un mañana mejor, sino para quien ofrece proteger de un mañana que siempre puede ser peor.

A momentos históricos de este tipo se les ha llamado de muchas maneras: crisis, transición, interregno. Se mezclan en ellos la incertidumbre, la polarización y la resignación. No se avanza hacia un horizonte conocido y compartido, ni se camina por una ruta con barandas.

Este libro nace de esa constatación. A ella se suman preguntas que no son académicas sino políticas: ¿qué tipo de democracia es posible cuando la deliberación empieza a verse como dilación,

cuando todo proceso se vuelve sospechoso y cuando gobernar ya no consiste en abrir un nuevo ciclo sino en impedir que el país se desarme? ¿Qué tipo de liderazgo es posible cuando el oficio de gobernar ya no consiste en prometer mundos, sino en tomar decisiones bajo la presión de una catástrofe, en un clima de irritación y desconfianza?

La palabra que mejor captura el gobierno de estos tiempos es navegar: sin cartas del todo confiables, susceptible al cambio de los vientos, con marejadas que vienen de afuera y grietas que crujen desde adentro.

Navegar no es elegir entre la calma y la tormenta. Es sostener el rumbo a pesar de las condiciones, saber cambiar el curso cuando conviene y buscar un puerto cercano donde guarecerse cuando las circunstancias lo demandan.

*

El mundo que siguió a la Guerra Fría ofreció previsibilidad: reglas, economías abiertas, expansión del comercio, multilateralismo, consensos centristas con capacidad de encuadre y disciplina. Ese marco admitía diferencias, conflicto y hasta confrontación, pero dentro de un suelo común con límites compartidos. Hoy ese suelo se fractura: rivalidades geopolíticas sin mediación eficaz, guerras que sacuden a Medio Oriente y Europa, regímenes iliberales, proteccionismos rapaces, erosión acelerada del centro político. La democracia deja de sentirse como destino deseable y hasta inevitable, y empieza a percibirse como una opción frágil —a veces ineficiente— frente a otras promesas de orden.

Lo que organiza esta mutación no es una nueva utopía. Es un clima emocional en cuyo núcleo está el miedo.

Durante años, las grandes amenazas del siglo XXI —crisis climática, migraciones masivas, disrupción tecnológica, envejecimiento demográfico— se pensaron como asuntos de largo plazo, gestionables con cooperación, regulación, diseño institucional. Esa lectura también se agotó. Hoy, esas fuerzas se experimentan como amenazas inmediatas, personalizadas y territorializadas.

El miedo se desplaza del futuro abstracto al mañana concreto; del sistema al cuerpo; del planeta al barrio. Y cuando el miedo manda, la política cambia de idioma: se torna impaciente, punitiva, intolerante a la demora.

La revolución comunicacional amplifica este cambio. Las redes, la desintermediación y el exponencial crecimiento de la inteligencia artificial han horadado de manera irreversible las formas tradicionales de autoridad. El experto, el planificador, el traductor, el mediador pierden legitimidad frente a la sobreinformación disponible, la exigencia de respuesta inmediata, el culto a la emoción y el triunfo de la performatividad sobre el rigor.

La política se acelera. El procedimiento aparece como coartada dilatoria. Se impone la señal clara y simple, el gesto contundente, el impacto visual. La política deja de ser un arte de composición para convertirse en un ejercicio de poder; y el poder, en un ejercicio de escenificación. Cuando todo es imposición, escena y efectismo, lo que importa no es tener razón, sino parecer capaz y determinado. Y para esto hay que estar dispuesto a romper reglas y cruzar límites.

El telón de fondo de todo esto no es solo un cambio en el plano de las ideas: es un cambio antropológico. Chile no es excepción a este giro, pero su trayectoria reciente le imprime rasgos propios.

*

Durante más de dos décadas el país vivió un ciclo excepcional de crecimiento económico sostenido, reducción de la pobreza y aceleración de la movilidad social, todo ello con un horizonte ampliamente compartido encarnado en una palabra: desarrollo. Ese ciclo no solo mejoró condiciones materiales, sino que creó expectativas y un sentimiento de cohesión. Se instaló la convicción de que el esfuerzo tenía recompensa y el orden tenía sentido; de que el ascenso era posible, el progreso era acumulativo y la vida colectiva era fuente de seguridad y compañía.

En su libro *La montaña rusa*, Mario Marcel observa que el crecimiento de casi 6 % anual de los primeros quince años de la democracia no se debió solo a la liberalización de los mercados, la solidez de las instituciones, la inversión privada y la política de acuerdos. Tampoco a la genialidad de la generación que ejerció el poder en esos años, como algunos nostálgicos insisten en creer. Descansó también en tres factores pasajeros: la apertura de nuevos yacimientos mineros —Escondida, Los Pelambres—, el bono demográfico y el auge de la globalización. Según sus cálculos, una cuarta parte de aquel crecimiento se explica por esas palancas transitorias.

La globalización cambió de rumbo tras la crisis de 2008 y todas esas palancas se fueron agotando. El comercio mundial se frenó y las exportaciones chilenas, que crecían a más de 5 % al año, cayeron a menos de uno entre 2007 y 2018. El crecimiento tendencial bajó de un 5,5 % a comienzos de siglo a un 2 % en 2022. Detrás, un estancamiento de la productividad que ya dura quince años y no cede.

Los efectos del estancamiento económico no se hicieron esperar. Gradualmente, la educación dejó de garantizar movilidad. Los empleos de calidad se volvieron más escasos ante un crecimiento mediocre y —aunque la percepción no siempre coincida con los datos— el alza de la migración. El endeudamiento reemplazó al ahorro como mecanismo de integración. Los amortiguadores sociales —familia, barrio, trabajo, religiosidad, nación— ya no absorben los golpes como antes y parecen vencidos. Llegada la hora de cobrar las pensiones prometidas por el sistema de ahorro individual, estas resultaron miserables. Y la calle, que alguna vez fue espacio de tránsito cotidiano, empezó a sentirse como un riesgo.

El enemigo, en suma, son los otros.

Cuando el ciclo de movilidad se agota y la cohesión social pierde con eso su nervatura, lo que emerge no es simplemente estancamiento: es frustración acumulada. Después de una generación, la comparación cotidiana deja de hacerse con el pasado de carencias y pasa a hacerse con el pasado de ascenso y pertenencia. Lo que se acumula no es solo malestar. Es deuda.

*

El estallido social de 2019 no fue un rayo en cielo despejado. Venía incubándose desde hacía tiempo. No se trató solo de demandas sectoriales, sino de la ruptura de un patrón que combinaba Estado, mercado, comunidad y familia en una narrativa aceptablemente legítima de progreso compartido. Todo lo que vino después —pandemia, tensión fiscal e inflacionaria, deterioro de la convivencia, migración irregular, inseguridad— terminó de empujar a un Estado que ya mostraba signos de agotamiento, a una situación de impotencia.

Aquí aparece una palabra clave, casi un concepto al que en este libro vuelvo en distintos momentos: desborde. Lo introduje en mi libro sobre el estallido (*El desborde. Vislumbres y aprendizajes del 18-O*, publicado en marzo de 2020). Se lo robé a Bruno Latour, quien llamó “desbordamiento” al momento en que los efectos de un sistema superan los marcos diseñados para contenerlos. No es una ruptura súbita: es la acumulación silenciosa de consecuencias no previstas que, en algún punto, estallan. Hay una imagen que ayuda a entender este proceso: Chernobyl. El reactor funcionaba, los indicadores no alarmaban, los informes eran satisfactorios. Pero en su interior se acumulaba una presión que los instrumentos no medían —o no querían medir—. La explosión del reactor no creó el problema, lo reveló.

Lo que Chile vivió en octubre de 2019 tenía esa misma estructura: no fue una explosión venida de la nada, sino el momento en que lo contenido dejó de caber. Durante años, “el Modelo” fue el nombre del orgullo. Chile era la excepción latinoamericana: estabilidad macroeconómica, reducción de la pobreza, instituciones sólidas. Lo que ese relato no incorporaba era lo que el modelo producía por debajo: desigualdad persistente, servicios públicos degradados, deuda privada como sustituto del bienestar, corrupción e impunidad a todos los niveles, prepotencia de los poderosos. El éxito era real. La frustración y la rabia, también.

*

Pero el estallido mismo, en lugar de cerrar un desborde que en el último trimestre de 2019 se reveló en todas sus dimensiones y peligros, lo multiplicó y acentuó en forma alarmante. Especialmente cuando, a partir de marzo de 2020, se le sumó la pandemia, la cual actuó como atenuante en algunas dimensiones —la violencia callejera, entre otras— pero como acelerante en otras: fronteras porosas, inmigración irregular, crimen organizado, zonas sin control efectivo del Estado, retiro de los fondos de pensiones, deserción escolar, informalidad laboral, violencia en todas las interacciones sociales.

En su libro Marcel sostiene que entre 2019 y 2024 Chile no sufrió una crisis económica, sino tres, sucesivas y superpuestas: la del estallido, que golpeó los mercados y la actividad a fines de 2019; la de la pandemia, que hizo caer el PIB más de 10 % en un trimestre, y una tercera que llama sin eufemismos el *shock populista* —los retiros de fondos de pensiones y las transferencias masivas de 2021, que llegaron a poner a más del 80 % de la población bajo subsidios estatales cuando el virus ya se retiraba—. A diferencia de las dos primeras, esta fue brutalmente expansiva, y obligó al ajuste que contrajo la economía en 2022.

No es solo un asunto policial: es una crisis de soberanía cotidiana. El Estado aparece sobrepasado en sus funciones básicas. Cuando llega, lo hace tarde, con instrumentos envejecidos, en un entorno más complejo y más hostil.

En paralelo se instala un clima de desconfianza radical: “Los de arriba son todos iguales”. Se debilita la obediencia a expertos, autoridades y mediadores. Crece la preferencia por soluciones inmediatas, personalizadas, incluso por fuera de la institucionalidad. Y ocurre algo que la política chilena no siempre ha sabido leer: la vida pública se privatiza. Ahí —en el ámbito privado— radica el último refugio frente a un mundo percibido como amenazante e incontrolable. En tiempos así, la deriva se vuelve también una experiencia íntima, cotidiana, con costos que la medicina llama salud mental y que la política todavía no sabe nombrar.